

COMEDIA FAMOSA.

LA MAYOR PIEDAD

DE LEOPOLDO EL GRANDE.

DE DON GASPAR ZAVALA Y ZAMORA.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Leopoldo, Emperador de Alemania.

Margarita de Austria, su esposa.

Eleonora, hermana de Leopoldo.

Carlos de Lorena, Príncipe de la

Sangre, amante de

Eleonora, hermana de

Conde de Nadasti, enemigo de

Carlos, y confidente de

Conde de Zrin, y de

Marques de Franchipan.

Conde Montecuculi, amigo de Carlos.

Monsieur de Gramonville, Embaxa-

dor de Francia.

*** Abenazar, Embaxador de Tur-
quía.

*** El Duque de Alburquerque, Ma-
yordomo de Margarita.

*** La Condesa de Eril, Camarera de
Margarita.

*** Isabela, Dama de Eleonora.

*** Roberto, Criado de Nadasti.

*** Un Pintor, un Armero, un Platera
y un Escritor.

*** Soldados Húngaros, Alemanes, Es-
pañoles y Damas.

*** Música.

JORNADA PRIMERA.

La escena en Viena y sus cercanías en el año de 1666.

La escena es al amanecer, represen-
tando un bosque espeso: al frente un
montecillo escabroso, y en él un Castillo
de piedra; al pie del monte alguna
ruina, y entre ella una gruta. Sale
el Castillo observando con temor Na-
dasti con gaban de villano ba-
lando con estos versos.

TEmprano es: nadie en todo
el espacioso distrito
que desde aquí se descubre
mis pasos nota: atrevido
corazon, en vano quieres
representarme el peligro
de esta accion. Asegurarme

quiero otra vez: ah, delito,
qué cobarde eres! las hojas
que el viento mueve testigos
habladores me parecen
de mi alevoso designio.

Reconoce segunda vez la escena.

Ninguno se vé: ambicion,
Se llega á la gruta del pie del monte,
y sale de ella Zrin con igual dis-
fraz rezeloso.

tuyo es mi espíritu. Amigo,
salgan ya de ese sepulcro
horroroso donde vivos
se enterraron tus rencores:
salgan y empañen tus mismos

A

alien-

alientos la luz del día.

Zrin. Si tú les das el auxilio de tu poder y tu astucia, no lo dudo. El mas propicio momento del triunfo nuestro es este en que sumergidos Leopoldo y sus principales brazos en los regocijos de esta union están; y así fenézca este día mismo su poder, y:- *Nad.* Su poder? y aun su aliento. No, no, amigo, te estremezas, qué á gran daño grande remedio: el delito es atroz; pero si niega el Emperador su oído á nuestra queja, verá todo el Imperio el festivo día de hoy en día negro de lágrimas convertido. Ya sabes que Margarita su esposa llegó ayer mismo á mi Quinta, y que Leopoldo, amante idólatra fino de su hermosura, ha resuelto pasar á verla, escondido ó disfrazado entre algunos caballeros distinguidos, que á felicitarla envía en su nombre. *Zrin.* Así lo dixo el Marques. *Nad.* Sabe pues, que con su acuerdo he prevenido en aquea Fortaleza, que es del patrimonio mio, las mas alentadas tropas que siguen nuestro partido disfrazadas: estas hoy por todo aqueste distrito emboscadas con nosotros aguardarán el propicio instante en que por aquí (pues es el mejor camino para Potendorf) pase hoy el Emperador, seguido de una muy pequeña escolta, y arrojados de improviso sobre ella, asegurar la Real Persona atrevidos,

y hacer que venga por fuerza á otorgar los cargos dignos que pretendemos, ó dar con su muerte, á los designios de los tres, un fin dichoso. Para esto te dí el aviso de que con ese disfraz vinieras hácia este sitio al amanecer; y pues nuestra intencion has sabido á nada te opongas. *Zrin.* Veo el evidente peligro de la accion; pero pues tanto nos importa el conseguirlo, Nadasti, á emprenderlo. Vuestros son mi poder y mi brio; dineros, autoridad y tropas á vuestro arbitrio ofrecí. El Príncipe joven Ragozi, mi yerno, unido á nosotros con sus fuerzas, viene con todo sigilo hácia Viena, con que:-

Nad. Aguarda, que hácia este sitio viene un hombre, y no conviene que nos vea: aquí escondidos aguardaremos que parta, y proseguirás el hilo de tu discurso. *Zrin.* Bien dices. *Se retiran á la gruta, y sale Franchipan.* *Franch.* Mucho sentiré, odio mio, que se frustre nuestra idea por llegar tarde: al Castillo subo para que Nadasti se aproveche del aviso.

Va á subir, y salen los dos.

Nad. El es, llega: Franchipan?

Marq. Nadasti, Zrin, amigos?

Zrin. Qué ha sucedido, qué trae?

Marq. El tiempo urge: hácia este sitio llegará el Emperador dentro de un hora, asistido de quatro ó seis caballeros solamente: prevenidos estad; y pues yo no puedo por mi cargo hoy asistiros, haced los dos porque quede nuestro intento conseguido.

Nad. Oye. *Zrin.* Escucha.

Nad. Detenerme

no puedo : haced lo que os digo,
y á Dios , que si me echan ménos
mi logro el proyecto mio. *Vase.*

Nad. Pues , *Zrin* , aprovechemos
instantes : en este sitio
espera un momento : odio,
cerca la victoria miro. *Sube al Castillo.*

Zrin. Qué jóven tan arrestado,
tan valiente y prevenido

Nadasti! Mas qué mucho
tiene todo el dominio

de su corazon el odio
y la ambicion? El peligro

*Sale del Castillo Zrin y compañeros
de villanos.*

Nad. tal:- pero si es mayor
el interes á que aspiro,

qué me acobarda? ya aquí
desciende : nadie hay.

Nad. *de bajar á la escena Nadasti
y los suyos.*

Nad. Amigos,

hoy el dia en que mostreis
imperio, el rencor vivo

justo que profesais

su dueño. Ya instruidos

meis por mí de lo que

cargo de vuestro brio

mi osadía ha quedado:

complid con él y conmigo,

corres Húngaros, que yo

daré el premio debido.

Caballos en esa vega

oyen. *Nad.* Pues estos propicios

instantes aprovechemos,

Zrin: parte tú al proviso,

procúrate en ese lado

con unos, miétras conmigo

están los demas en este.

*Retense las mascarillas Nadasti
y Zrin.*

Nad. Pues venid sin hacer ruido.

Nad. Cuenta, y á la seña mia

haced lo que os he advertido,

que veis que en ello consiste

mi logro de mis designios.

*Se ocultan unos villanos á la izquierda
con Nadasti, y otros á la derecha con
Zrin. Salen Cárlos y el Conde.*

Carl. Tienes razon. Ya el Nadasti

disimular no ha podido
mas tiempo la ambicion suya,

y con el *Zrin* unido

altera secretamente

los apartados dominios

de la Croacia. *Cond.* Pues yo

daria de todo aviso

al Emperador al punto.

Carl. Ah! No puede permitirlo
mi amor : á su hermana adoro

ciegamente, y su delito

y su afrenta llegarían

á mí tambien, si advertido

y prudente no aspirara

con blandura á corregirlo.

Nad. Ni oigo lo que hablan, ni alcanzo
á ver quién son : sus vestidos

costosos:- Ah si uno de ellos

(pues disfrazado es preciso

que venga) fuera Leopoldo!

Zrin. Cómo estará tan remiso?

Cond. En vano, Príncipe, crees
conseguirlo de él : he visto

su teson en mil materias,

su ambicion he conocido,

y sus ideas penetro.

Carl. Harto, Conde, mi cariño
lo siente; mas si no cede

este dia como amigo

á mis consejos, por mas

que llegue amor á sentirlo,

mañana será forzoso

tratarle como enemigo.

Nad. Pues ellos están de espacio,
y para ser conocidos

no vuelven el rostro, ántes

que llegue gente imagino

lograr el lance. *Cond.* Ven pues,

y tomemos al proviso

segunda vez los caballos,

cumpliendo el órden preciso

del César. *Carl.* Vamos.

Nad. Ahora

es buena ocasion, amigos:

matadles sino se entregan.
Cárlos y el Conde van á partir por la derecha, Nadasti y Zrin salen con pistola en mano, y los Villanos con espada desnuda de donde estaban; cogenlos en medio: Cárlos y el Conde quedan sorprendidos al verse amenazados por Zrin y Nadasti.

Carl. Qué es esto? *Zrin.* Como atrevido te muevas, la ira de un rayo hácia tu pecho dirijo. *Al Conde.*

Nad. Tente, ó morirás. *A Cárlos.*

Cond. Cordura, qué haré?

Carl. Pues diéron indicios de lo que son, de este modo contenerlos imagino.

Nad. Me engañé: Lorena es y Montecuculi. *Carl.* Amigos, si la indigencia os obliga á unos hechos tan indignos y vergonzosos, aquí teneis en este bolsillo algun dinero, con él y estas joyas de excesivo valor podréis redimirla gozosos; pero os aviso, que vuestra infame codicia zempleis en lo sucesivo, porque de no, podrá ser que quien en aqueste sitio redime vuestra miseria generoso y compasivo, os castigue hoy en Viena con un dogal ó cuchillo.

Nad. Soberbio jóven, no es gente que hace infame desperdicio de su valor por el corto interés que has ofrecido; á mas aspiran, y puesto que nos dicen los indicios que sois hombres principales, y del César conocidos, si es que deseais vivir un instante mas, decidnos si el César ha de seguir hoy este propio camino para ir á la Quinta. *Cond.* Dudas,

qué escucho! *Carl.* Rezelos de espacio. *Zrin.* En vano á burlar nuestro designio cautelosos, pues habeis de ser hoy vosotros mismos de la verdad fiadores, y así:- *Carl.* Basta, que me mas quando os hallo alevosos, que quando os creí bandidos, salteadores de los muchos que habitan este distrito. Cómo, villano, si crees *A Nadasti* que ambos somos, como has caballeros principales en Alemania, has creído que harémos al vil temor un horrible sacrificio á nuestra lealtad? He, basta: una y muchas veces digo, que tanto por este agravio, como por ver el indigno dueño de tales ideas (sí bien que es infame dixo ya la máscara que, puesto que á ser bien nacido no ocultara á nadie el rostro) ha de probar hoy mi brio:-

Nad. Tente, ó mira que te mata *Zrin.* No te muevas, ó te tiro.

Carl. Pues mi nobleza me empuja este instante á descubrirlos, qué aguardas? este es el pecho, dispara; mas como el tiro no aciertes será tu vida vil despojo de mi brio.

Cond. Eso mismo te responde un valor, que en los continuos choques de Marte aprendió á despreciar los peligros.

Nad. Temerario, eso resuelves? *Zrin.* Tal pronuncia tu delirio?

El Cond. y Carl. Sí.

Nad. y Zrin. Pues muere.

Disparan á un tiempo, Nadasti á Cárlos en un brazo, y á Zrin el tiro, el Conde y Cárlos los embisten y lidian.

Zrin. Pese á mí

Y á tu ventura! *Carl.* Aunque herido
en un brazo, con el otro,
cobardes, un rayo vibro.
Nad. Matadles.

Cond. Trabajo, infames,
os costará el conseguirlo.
*Las retiran por la izquierda. Aposento
erto, salen Margarita, el Duque,
Damas y Criados de acompa-
ñamiento.*

Marg. Qué largos para mi amor
son los instantes que vivo
sin ver á mi esposo, Duque!

Duq. De todo ese extremo es digno
el del César, gran señora,
pues aunque de haberle visto
no tuve el honor jamas,
sus virtudes nos ha dicho
la fama ya, y de su amor
á vuestra Alteza testigos
son puros y verdaderos
los raros preparativos,
que hace para celebrar
su ventura. *Marg.* Y eso mismo
acrecienta en mí el deseo
de verle, ya que propicios
los Cielos me destinaron
un Emperador tan digno
para esposo.

Salé la Condesa. Gran señora,
ya esperan vuestro permiso
para besaros la mano
algunos esclarecidos
Señores que de Viena
en este instante han venido
de parte del César. *Marg.* Duque,
vete luego á conducirlos *Vase el Duq.*
á esta estancia. Tú, Condesa,
parte, y tráeme al proviso
algunas preciosas joyas
con que de mí agradecidos
vuelvan. *Condes.* Obedezco. *Vase.*
Dent. el Duque. Entrad.

*Salen el Duque, el Conde, Cárlos con
una banda en el brazo, y Leopoldo, lle-
gan los tres á besarle la mano.*

Leop. Proceded como os he dicho
ó me enojaré: Ay amor! *Al oido.*

que es tanto mas el peligro
de sus ojos, quanto va
de lo pintado á lo vivo.

Carl. Si el Príncipe de Lorena,
mucho mas que por sí mismo,
por ser hoy vuestro vasallo
y enviado del invicto
Leopoldo, este honor merece,
que le concedais os pido
besar vuestra mano. *Marg.* Alzad.

Carl. Qué afable rostro!
*Besa la mano, se levanta y llega
el Conde.*

Cond. Ese mismo,
gran señora, solicita
quien con igual causa vino
á vuestros pies. *Marg.* A vasallos,
que á mi esposo han merecido
tal confianza no debo
negarla yo. Alzad.

*Besa la mano, se levanta, y llega
Leopoldo.*

Cond. No he visto *ap.*
mayor hermosura!

Leop. Amor, *ap.*
no saques hoy mi artificio
á los ojos. La ventura
que los dos han conseguido
hoy, el arrojé disculpa,
gran señora, de pedirlos
que me honreis con ella á mí;
pues si para conseguirlo
les bastó dar de Leopoldo
el augustó nombre digno,
igual ventura merece
quien mereció igual padrino.

Marg. Tomad.

*Le alarga la mano, y Leopoldo la toma
sin besarla.*

Leop. Amor, yo me abraso! *ap.*
Qué es esto, corazón mio,
que siendo nieve esta mano
hace de fuego el oficio?

Marg. Qué noto! Soltad.

Leop. Señora,
que no me quiteis os pido
el honor que me otorgasteis.

Marg. Cordura, aquesto es preciso!

Go-

Gozadle pues, qué esperais?

Leop. Es que de modo le estimo,
señora, que atendí mas
à no mirarle perdido
tan presto:-- que:-- á:--

Marg. Bien está:
estimad que no castigo
vuestra locura. *Con disimulo.*

Leop. No pudo
disimular mi cariño.

Marg. Y cómo queda mi esposo?

Leop. Yo que el encargo he traido
de añadir á las que el César
os dirá en aqueste escrito

Le da una carta.

mil verdades que su amor
siente des, pues que os ha visto:--

Marg. Leopoldo me ha visto?

Leop. Ah,
qué hablador es el cariño!
Quién duda que su pasión
habrá en su pecho esculpido
la imágen que ya la fama
de vuestras virtudes hizo?

Marg. Tanto quiere el César?

Leop. Tanto,
que solo sus bien nacidos
extremos podrán tal vez
en este día decirlo;
yo al ménos no me atreviera
à pintaros su cariño
de otro modo, que afirmándoos
en su nombre:--

Marg. Qué? decidlo.

Leop. Que solo vos mereceis
lo que ama y siente su fino
corazon. *Marg.* Yo lo agradezco;
pero tened entendido,
que sola yo soy capaz
de pagar su amor.

Leop. Hoy mismo
dispone su Magestad,
que entreis en Viena. Ha visto
quán difícil le es vivir
un instante mas tranquilo
sin veros.

Marg. El solamente
es dueño de mi alvedrío.

*Sale la Condesa con un cofrecito en que
habrá algunas joyas.*

Y ahora, aunque por quien sois
y por el feliz motivo
que os trajo no encuentre premio
equivalente ni digno
que daros, esta sortija,
no tanto por su excesivo
valor, como porque es,
Príncipe, un sincero indicio
de mi estimacion, tomad. *A Carl.*

Carl. Darán, señora, sus brillos
nuevo lustre á mis lealtades.

Marg. Vuestro pecho esclarecido
honrad vos con esa joya
de mi mano. *Al Conde.*

Cond. Nuevo brio
dará á mi cansado brazo
para que en vuestro servicio
y el de mi dueño á ser vuelva
ruina de sus enemigos.

Marg. Este corazon, que ofrece
ricamente guarnecido
la mas noble de las piedras
os doy á vos; y os aviso, *A Leop.*
que nunca á verme volvais
sin él, pues tengo entendido,
que si desde hoy lo haceis vuestro
le miraré como mio.

Leop. En vano mandais, señora,
guardar lo que tanto estimo,
que sin mediar un precepto
tan soberano, os afirmo,
que no saldrá de mi pecho
este corazon; pues miro,
que debe ocupar el vuestro
el lugar que tuvo el mio.

Marg. Ya es esta mucha osadía.

Duq. Si aqueste Aleman castizo
no está loco, por lo ménos
no muestra tener gran juicio.

Marg. Despejad todos, quedad
solamente vos conmigo. *Vanse todos.*

Duq. Qué intentará! *Carl.* Conde, ya
que se descubre es preciso
nuestro César. *Vanse.*

Leop. Si me habrá
Margarita conocido. *ap.*

Marg.

Marg. Decoró, esto es fuerza! *ap.*

Leop. Amor, que descubras mi artificio sospecho. *Marg.* Ya que valerme de mi cordura he podido, y estamos solos, decid, ¿sabeis quién soy? *Leop.* Un prodigio de hermosura. *Marg.* Conocéisme?

la misma fama no os díxo, que soy Margarita de Austria, hermana del Rey invicto de España, y feliz consorte del Augusto César primo Leopoldo el Grande? Sabeis

que mi corazón altivo, que mi escrupulosa fama, y en fin, que el decoro mismo si el mismo Sol se atreviera hoy á eclipsarle, al Sol mismo bebiera los resplandores, porque manchaba sus brillos?

Pues cómo vos, insensato, pues cómo vos, atrevido, cómo temerario y loco, si quien soy habeis sabido, no siendo el Sol, sino un astro despreciable del Olimpo de Alemania, os atreviste á empañar hoy mi honor limpio con palabras, con extremos, que aunque fueran dirigidos á una dama de las mías los tuviera yo por hijos del mayor atrevimiento?

He, moderad desde hoy mismo vuestra altivez, ó por vida de Leopoldo (pues la estimo mas que la mía) que, dando mis piedades al olvido, hallen en vos un exemplo los vasallos atrevidos.

Leop. O cuánto su honesto enojo *ap.*

me llena de regocijo! Señora, sé que merezco el mas severo castigo de vuestra grandeza; pero por mas que veo el delito en mi amor, yo ya no basto

un instante á reprimirlo, y así:- *Marg.* Ved que ya se acaba todo el sufrimiento mio, y díré á Leopoldo:- *Leop.* Ah! Señora, tal vez él mismo me dictó las libertades, aunque veis que yo las digo; mirad pues si aunque él las sepa se dará por ofendido.

Marg. He, basta, que si él lo manda, yo no debo permitirlo, sino haceros, pues sois loco, mas cuerdo con el castigo: ¿ola?

Salen el Duque, el Conde, Carlos, la Condesa, Damas y Criados.

Todos. Qué mandais, señora?

Marg. Príncipe, que por motivos que tengo, y que solamente al César puedo decirlos, lleveis preso este Aleman hasta Viena. *Cond.* Qué he oído!

Carl. Fuerte lance! Ved, señora:-

Marg. Cómo vos estais remiso en obedecerme? *Carl.* Yo:- sí:- *Marg.* Qué dudais?

Carl. No imagino *ap.* cómo salir de este empeño, quando al César he ofrecido no declarar este engaño.

Marg. No sois vos vasallo mio como del César? *Carl.* Es cierto.

Marg. Os puedo mandar?

Carl. Es fixo.

Marg. Pues obedeced.

Carl. No puedo.

Marg. Por qué?

Carl. Tampoco el motivo puedo revelar. *Marg.* Mirad que he de enojarme.

Carl. Al cuchillo

daré gustoso mi cuello por mi aparente delito; mas no puedo obedeceros si á ser buen vasallo aspiro.

Marg. Ved q ese hombre á un tiempo á mí y al Soberano ha ofendido.

Carl. Quando lo crea, perdone

vues-

vuestra Magestad si digo,
que no me atrevo á prenderle;
pero yo, señora, fio,
que se presente á Leopoldo
el reo este dia mismo
si vos quereis. *Marg.* Basta: yo
por fiadores no admito
vasallos sin fe: haced vos
por dexar obedecido
el órden que di:- *Al Conde.*

Cond. Mirad,

que yo no puedo serviros,
porque:- *Leop.* Callad, que no sé
cómo veros he podido
tan viles, sin que yo propio
diera el mas justo castigo
á vuestras inobediencias.
Sabeis que todo el dominio
de Alemania besa humilde
y ufano los pies invictos
de su Magestad? Sabeis
que enamorado y rendido
á su hermosura Leopoldo
arrancaria su mismo
corazon, si el corazon
no obedeciera sumiso
las leyes de Margarita?
Sabeis que su brazo invicto
desea hacerse del mundo
dueño absoluto y temido,
porque en el mundo no haya
corazon, muro, obelisco,
planta ó piedra que no esté
sujeta al dulce dominio
de su hermosura? Pues cómo
los dos hoy tan atrevidos,
tan necios, tan temerarios,
ó tan locos, á sus mismos
ojos negais la obediencia
á su soberano y digno
precepto? No, no intentéis
disculparos de un delito
tan exêcrable, pues vive
su enojo, que aunque los siglos
murmuren que os pagué yo
con agravio el beneficio,
he de hacer en este dia,
que de los dos ofendido

Leopoldo:- pero mejor
que yo propio ha de decirlo
la experiencia: y vos, señora,
si no es bastante castigo
ahora el ver irritado
vuestro rostro peregrino
contra mí, y quereis que el César
juzgue el crimen cometido
con mas rigor, si es que le hay,
yo en su tribunal me obligo
á entregarme preso, y aun
si de mi culpa testigos
buscáis, porque en su presencia
quede mejor convencido,
llevadle mis ojos, que ellos
oirán aun lo que no he dicho.

Al partir Leopoldo sale Nadasti, y u detiene.

Nad. Gran señor, dame tus pies.

Leop. Qué haces?

Marg. Corazon, qué he oido? *ap.*

Dug. Qué escucho? *ap.*

Nad. Rencor, finjamos. *ap.*

Perdonad si sin permiso
hasta-vuestros pies llegué,
pues suele hacer el destino
tan apurados los lances
muchas veces, que es preciso
atropellar un respeto
por acreditar lo fino.

Leop. Pues qué hay de nuevo, Nadasti?
Ya es ocioso el artificio. *ap.*

Marg. Amor, suframos. *Nad.* Señor,
en el áspero recinto
del fuerte de Potendorf
asaltáron de improviso
la persona de Zrin
y la mia unos iniquos
villanos, cuyos semblantes
cubiertos diéron indicios
de su traicion. Preguntáron,
con alevoso designio
sin duda, si habiais vos
de pasar por aquel sitio
para venir á la Quinta;
valientes les respondimos
los dos con lenguas de acero,
y aunque era tan excesivo

el número, eran traidores,
y escaparon al proviso;
yo que á toda costa debo
redimir vuestro peligro
vine con gran diligencia
por daros aqueste aviso.

Carl. Oyes, Conde? *Al oído.*

Carl. Si. *Marg.* Maldad
exécrable. *Leop.* Y no has sabido
quienes eran? *Al oído.*

Nad. Yo, señor:—

Leop. En qué te detienes? dilo.

Nad. El Príncipe de Lorena:—

Leop. Carlos?

Nad. Todos los indicios,
como os contaré despues,
la publican.

Leop. Bien: yo estimo
tu lealtad: para creerlo
muchas pruebas necesito,
y mas teniendo de que él
es traidor algun indicio.

Nad. Para mis ideas no es *ap.*

precioso el preparativo.

Gran señora; perdonad
hallándoos en este sitio
estepuse lo leal

lo cortesano y fino.

Marg. Llegad, Nadasti, y creed,

que daré el aprecio mismo

que cumpla con su Rey,

que al que cumpliera conmigo.

Leop. La comida.

Nad. Señor, tanto

como la fortuna estimo

de tener huéspedes tales

hoy en mi Quinta, es preciso

que tema que igual no sea

al idolo el sacrificio.

Remcor, mas seguro es *ap.*

el triunfo que he prevenido. *Vase.*

Leop. Quiere vuestra Alteza ahora

llevarme preso?

Marg. Ya he visto

vuestra cautela.

Leop. Y yo, esposa,

tu virtud, aunque haya sido

á costa de tus rigores.

Marg. Ah! aquellos rigores míos
fuéron contra un hombre solo
temerario y atrevido,
no contra Leopoldo, que á este
siempre le miró mi fino
corazon como absoluto
dueño de aqueste alvedrío.

Leop. Qué honesta!

Marg. Qué virtuoso!

Leop. Qué sencilla!

Marg. Qué entendido!

Leop. Vamos, señora.

Marg. De quién?

Leop. De mis acciones.

Marg. Ya os sigo,
pidiendo á Dios que haga eterna
la ventura con que hoy vivo. *Vanse.*

*Salon magnífico con mesa y aparador;
se ven varios criados colocando algu-
nos manjares sobre ella,
y sale Ulrica.*

Ulric. Por mas que los intereses
de mi hermano solicito
y anhelo, los medios que
pone para conseguirlos
repugnan á la nobleza
de mi sangre: es un delito
muy exécrable el que intenta
hoy, para que consentirlo
pueda yo. Válgame Dios!
si habrá Roberto cumplido
mi órden? honrado es,
pero temo que:— me agito
con razon: el genio duro
de mi hermano, el temor mismo
de irritarle, el interes
que le ofrece:— ó qué enemigos
tan fuertes! yo no sosiego,
y ya vienen á este sitio
sus Magestades. Buen Dios,
sus vidas guarda.

*Salen Carlos, el Conde, Zrin y Nadas-
ti, el Duque, la Condesa, Damas,
Margarita y Leopoldo.*

Nad. Odio mio, *ap.*

no dexes que al rostro saque
el temor este delito.

Ulric. Mucho hará sino descubre *ap.*

mi turbacion los designios
de mi hermano.

Marg. Ulrica, cómo
de mí tan grande desvío
sabiendo lo que os aprecio?

Ulric. Efecto, señora, ha sido
de mi humildad.

Nad. Las viandas.

*Habrán tomado asiento Leopoldo y
Margarita, y los demas al rededor
de la mesa se colocarán con el mejor
orden: á la voz de Nadasti empeza-
rán varios criados á servir viandas,
y seguirán con alguna intermision
hasta su tiempo.*

Zrin. Que es mucho el despecho miro
de Nadasti; la fortuna
favorezca su atrevido
corazon. *Nad.* Los concertados
instrumentos prevenidos
á adular empiecen ya
sus soberanos oídos.

*Toca la orquesta algun pedazo de a-
bertura, y en sus pianos se va co-
locando lo siguiente.*

Leop. O cuánto Nadasti hoy
disipa mi regocijo
con la nueva que me traxo!

Carl. Qué tanto el César pensativo
se muestra! *Leop.* La copa.

Nad. Yo *Sirve la copa.*
á tan grande honor aspiro.

Cond. Mucho te mira Leopoldo. *A Carl.*

Carl. Sí, y la causa no imagino.

Leop. Traidor el Príncipe? Ah! *ap.*
no me acierto á persuadirlo
de su nobleza.

Carl. Mi Ulrica:— *Al oído.*

Marg. Calla, y á este propio sitio
da luego la vuelta. *Al oído.*

Nad. Ya
presente mi triunfo miro.

*Habrán colocado un pastelón adornado
de varios dulces, el qual le habrá
sacado Roberto.*

Ulr. Ay triste! Roberto, dime:— *Al oído.*

Rob. Disimulad, que es preciso,
y calmad vuestro temor,

señora. *Ulric.* Alma, respiro.

Rob. Despues os daré un papel,
que poco hace habeis perdido.

Marg. Qué tienes que tan suspenso
te veo? *Leop.* Cuidados míos,
disimulemos. Pues qué
tales efectos no has visto
nacer del mismo placer?

Marg. Príncipe, ahora el castigo
de la justa inobediencia
vuestra daros imagino
con esta fineza. *Dale un dolo.*

Carl. Quién
no quiere ser fiel y digno
vasallo, si así sus Reyes
recompensan sus servicios?

Marg. Nadasti, nada tu zelo
traxo mas del gusto mio,
que este manjar. *Leop.* Margarita,
es Nadasti muy cumplido
con sus Reyes.

Nad. Prontamente
sabrás tú como te sirvo. *ap.*

Marg. De beber.

Dug. A mí me toca
hoy el honor de servirlos.

Marg. Alburquerque, tus lealtades
conozco. *Dug.* Sí? pues no aspiro
á mas. *Nad.* Cómo tarda tanto
á hacer el tósigo activo
sus efectos? *Leop.* Margarita,
pues en dia tan festivo,
mas que en otro alguno, es justo
que dé un Rey á su benigno
corazon algun ensanche,
brindarán:—

Marg. Yo lo permito,
pues ademas de ser ellos
de la mayor honra dignos,
basta quererlo tú.

Leop. Ola, copas.

*Sirven una salvilla al Rey y otra
Margarita con copas: ambos las dan
por su mano á Nadasti, Zrin, el*

*Conde, Duque, Cárlos
y Ulrica.*

Nad. No respiro
con descanso hasta que el fin

fiesto que he prevenido
 á los dos vea. *Carl.* Alemania
 goce en paz y regocijo
 los dos soles que en un día
 nacer en su oriente ha visto. *Beben.*
José. Así sea. *Nad.* Cada instante
 me confundo mas.
Leop. Yo estimo
 vuestros deseos, amados
 vasallos, y que cumplidos
 les dexé aquella inefable
 obediencia confío.
 Y pues comimos, deseo
 recorrer esos floridos
 vergeles que tanto, Conde,
 me han alabado.
Ysa. Os afirmo,
 que para un vasallo son
 del mayor aprecio dignos,
 pero para Soberanos
 tan grandes hoy por sí mismos
 son corta esfera, señor.
Leop. Conde, verlos imagino:
 Zrin, al punto que esté
 á séquito prevenido
 me á avisarme. *Zrin.* Está bien.
 O Nadasti me ha mentido,
 o no ha tenido eficacia
 aquel veneno. *Vase.*
Leop. Venios
 nosotros á acompañarme.
Mrg. Vamos, señor.
Leop. Desvaríos, *ap.*
 mucho llevais este día
 que comunicar conmigo.
 Volveré á verme en los ojos
 de la hermosura que estimo, *ap.*
 y á hablar á su impío hermano
 por si su intencion corrijo.
Diego. Caviloso está: ver quiero
 si se aparta de este sitio.
Leopoldo y todos parten por la izquierda,
y Ulrica por la derecha, y queda solo Nadasti.
Nad. Seguir no quiero á Leopoldo
 solo por ver si consigo
 salir de las confusiones
 que angustian el pecho mio.

Roberto?
Salé Roberto. Señor? Su enojo
 temo. *Nad.* Nadie puede oírnos:
 llega, dime, obedeciste
 mi precepto? *Rob.* No imagino
 como huir su fiero enojo.
Nad. Qué es lo que te ha suspendido?
Rob. Señor, yo:--
Nad. Habla, prosigue,
 qué estás dudando?
Rob. Rendido
 á vuestros pies:--
Nad. Qué? No aumentes
 mi cólera.
Rob. Esto es preciso, *ap.*
 vuestra hermana:--
Nad. Ulrica? qué?
Rob. Acrecentó el temor mio,
 y pintándome mi culpa
 con los colores mas vivos,
 me hizo detestarla. *Nad.* Cómo?
 No echaste el tósigo activo
 en el manjar? *Rob.* No señor.
Nad. Infame, qué es lo que has dicho?
 No temes que mi furor:--
Rob. Que os templeis, señor, os pido,
 pues sus amenazas:-- *Nad.* Eh,
 calla, calla, otra vez digo,
 vil. La rabia me debora.
 Y pues todo el rigor mio
 despreciaste malogrando
 en un día mis designios,
 muere y un testigo ménos
 tendrá mi horrendo delito.
Da de puñaladas á Roberto y cae.
Rob. Ay, triste!
Nad. Así acaba quien
 se opone á mis desvaríos.
Salé Ulrica. Quién aquí:-- Pero qué veo!
 Roberto yace teñido
 con su sangre y en tu mano
 un fiero puñal registro.
Nad. Sí. *Ulr.* Pues quién le ha muerto?
Nad. Yo.
Ulr. Tú, cruel?
Al paño Carlos. Si habrá venido:--
 pero su hermano: esperar
 que se vaya determino.

Ulric. No te bastaba, traidor,
el haberle persuadido
á un crimen que hasta la tierra
temblará solo de oírlo?
Que porque cuerdo y honrado
no condescendió á tu indigno
proyecto le das la muerte?

Nad. Sí: y mi furor encendido,
al ver por él y por ti
malogrados mis designios,
pues que ya en él me vengué
lo haré así tambien contigo,
pues:- **Ulric.** Ay triste!

**Nadasti va á herir á Ulrica, esta va
á huir, sale por un bastidor de la iz-
quierda Carlos, y por el otro Leopoldo,
Margarita, el Duque, el Conde
Damas y acompañamiento.**

Carl. Tente, loco.

Leop. Qué es esto?

Nad. César invicto,
la maldad mas exêcrable
que viéron jamas los siglos.
Ese monstruo que en mis iras
ha hallado menor castigo
que merecia, de algun
sedicioso persuadido,
con un veneno mortal,
(apénas puedo decirlo
de horror) anegar en llanto
tan alegre día quiso:
contra vos conspiró: ah!
si los Cielos compasivos
tan pronto no me descubren
para estorbarlo el designio,
qué amargo luto Alemania,
señor, hubiera vestido
á estas horas! Pero ya
veis en su sangre teñido
el autor de la perfidia,
y á vuestros pies el cuchillo
glorioso y el brazo fiel
que vengó vuestro peligro.

Marg. Qué maldad!

Duq. Qué alevosía!

Conde. Qué traicion!

Carl. Discurso mio, ap.
qué tiene que ver aquesto

con todo lo que yo he visto?

Leop. Absorto ostoy!

Ulric. Callaré ap.
sus exêcrables designios,
por redimir de su vida
y su opinion el peligro.

Leop. Retirad ese cadáver
de aquí. Con qué horror le miro!
Le llevan acompañados del Conde.
Nadasti, mucho agradezco
tu lealtad; mas pues has dicho
que otro infame le seduxo,
dime quién es?

Nad. Señor:- **Leop.** Dilo,
qué aguardas?

Nad. Buena ocasion ap.
hallan los rencores míos
para conseguir mi intento.
Aunque aquel infame dixo
el nombre, la lealtad
que toda Alemania ha visto
en él, hace hoy sospechosa
la verdad, señor invicto,
y no quisiera:-

Leop. Son vanos
respetos: quién es quien dixo
que era cómplice tambien?

Nad. Lorena.

Carl. Cielos, qué he oído!

Marg. El Príncipe?

Nad. Sí señora.

Leop. Carlos?

Nad. Gran señor, el mismo.

Ulric. Mucho hará si tal perfidia
disimula mi cariño.

Carl. Yo cómplice en este crimen!
yo el autor de tal delito!
yo que desde la edad tierna,
como la Alemania ha visto,
fuí columna del Imperio,
fuí azote del enemigo,
y fuí (perdonad, señor,
si ahora mi modestia olvido)
fuí un escudo impenetrable
de sus Césares invictos!
Yo que con robusto brazo
sostuve (sí, yo lo digo)
la Imperial diadema, que

visto: á los choques repetidos
 de malignas sediciones
 ap. estuvo en grave peligro
 de caer de las Cesareas
 sienes! Eh, vive mi mismo
 sentimiento, que á ser yo
 capaz de ultrajar el digno
 respeto que pone freno
 á mi corazon altivo,
 antes que hubiera acabado
 de ultrajar el nombre mio
 con tal agravio tu lengua,
 tu lengua hubiera mi brio
 arrancado solamente,
 porque llegó á proferirlo.
 ap. Nad. Encono, disimulemos.
 Príncipe, si ya ántes dixo
 mi voz, que vuestra lealtad
 hace increíble el delito
 que os imputa aquel traidor,
 de qué os quejais?
 Carl. De que impío
 repetirlo osaste:- Leop. Basta.
 Carl. Perdonad mi desvarío,
 señor, que es escrupuloso
 tanto el honor con que sirvo
 á mis Reyes, que no puede
 sufrir el verse ofendido.
 Leop. Qué no eres cómplice?
 Carl. Ah,
 justo Cesar! César digno!
 qué agudo es para mi pecho
 de vuestra duda el cuchillo!
 Carl. el Conde. Gran señor, este villete
 te ha encontrado en un bolsillo
 de aquel criado. Nad. Fortuna,
 no malogres mi designio.
 Leop. Letra del Príncipe es.
 Carl. En el supuesto de que el César
 comerá hoy en esa Quinta, puedes
 aprovechar la ocasion si quereis a-
 segurar mi ventura, pues la for-
 tuna malogró la esperanza que te-
 níamos.
 Ulric. Piadosos Cielos, qué he oido!
 el papel que hoy me escribió
 Carlos es; así lo dixo
 Roberto. Nad. Rencor, alienta.

Marg. Muchos son ya los indicios.
 Leop. Es tuya esta letra?
 Carl. Sí es.

Cond. Por Dios, que estoy aturdido.

Nad. Sin duda el César ahora,
 creyendo suyo el delito,
 le castiga. Leop. Eterna Luz,
 pues me vés tan confundido,
 guíame.

Sale Zrin. Gran señor, ya
 está todo prevenido.

Leop. Bien: pues á Viena.

Nad. Qué oigo!

Ulric. Qué escucho!

Carl. Apénas respiro.

Leop. Vamos, esposa, que aunque
 este accidente imprevisto
 pudiera turbar la gloria
 que en este dia recibo,
 no lo hará, pues aunque esgrima
 el pavoroso cuchillo
 de mi justicia al mirar
 tan exêcrable delito,
 daré á tu beldad mi amor,
 y al delinqüente el castigo.

Marg. Vamos, amor.

Nad. Odio:- Zrin. Duda:-

Carl. Honor:- Duq. Confusion:-

Ulric. Martirio:-

Todos. Vamos á esperar que el tiempo
 diga lo que tú no has dicho.

~~¡¡¡¡¡~~

JORNADA SEGUNDA.

Gran Plaza de Viena coronada de
 balcones, con varios arcos triunfales
 adornados de trofeos: salen por el cen-
 tro de la derecha algun pueblo can-
 tando el 4 siguiente, y enramando la
 Plaza con algunas yerbas y flores que
 llevarán en canastillos: á él seguirá
 el Marques de Franchipan con algu-
 na tropa de Húngaros con sable en
 mano, y Zrin detrás de ellos: el Con-
 de de Montecuculi con espada en ma-
 no, y alguna tropa de Imperiales; á
 estos seguirá la Condesa de Eril con
 las

las Damas, y detrás de todos a caballo Leopoldo y Margarita, y á sus lados el Conde de Nadasti, el Duque de Alburquerque, Carlos de Lorena y Monsieur de Gramonvill. Para quando empiece á salir la tropa habrán acabado de cantar el 4, y tocarán una agradable marcha, y al descubrirse las Personas Reales hará salva la artillería, la aclamacion del pueblo, y tocarán las campanas; pero todo con alguna intermision, para que se perciban los versos que siguen al 4. La tropa y comitiva seguirá pausadamente el ámbito del teatro, y partirá por el centro de la izquierda.

Música. Aplaudan las voces, celebren los ecos de Vénus y Marte el vínculo estrecho, diciendo sonoros, festivos y atentos, que vivan y reynen siglos eternos.

Franch. Quanto salir de las dudas, que me combaten deseo!

Zrin. Admirado me han dexado todos los raros sucesos de este dia. *Conde.* Corazon, apénas á creer acierto lo que he visto.

Nad. Rencor mio, pues la suerte mis intentos ayuda, ten esperanza, y disipa tus rezelos.

Voces. Viva Margarita de Austria. *Otros.* Viva Leopoldo el Primero de Alemania.

Todos. Los dos reynen en los corazones nuestros.

Carl. Justo Cielo, haz que mi honor quede en este dia mesmo redimido, sin que yo llegue á ofender á mi dueño.

Leop. Quanto, hermosa Margarita, me adulan hoy esos ecos con que la fidelidad

de mis Imperiales veo, que celebran tu venida! Bien que si supieran ellos quánta es la ventura mia, con júbilo mas completo repetirían:

El y voces. Margarita de Austria viva.

Marg. Yo agradezco vuestra lealtad, amigos; mas si quereis que esos ecos hallen un lugar mas digno hoy en mi agradecimiento, decid conmigo: Leopoldo el Justo, el Sabio, el Perfecto viva, reyne, triunfe y mande felice siglos eternos.

Voces. Viva Margarita. *Otros.* Viva Leopoldo. *Nad.* Sí, y nuestros festivos, en alabanza de los dos, sigan diciendo:

Música. Aplaudan las voces, celebren los ecos &c.

Con la repeticion del 4 parten todos por la izquierda. Salen corto, y por la izquierda salen Eleonora, Isabela y Damas.

Eleon. Con qué impaciencia, Isabela aguardo el feliz momento de ver á mi nueva hermana; las virtudes con que el Cielo ha adornado su hermosura la hacen digna del aprecio de todos. *Isab.* Su Magestad la quiere con tanto extremo, aun ántes de conocerla, como dicen los obsequios que la previene.

Eleon. Su amor agotó para el festejo de Margarita el poder, la ostentacion, el ingenio, el gusto y riqueza, tanto que del mas remoto Reyno vienen á ver si á los raros preparativos que hay hechos el efecto corresponde.

Isab. Si el amor le inspira, creo que

que quedará tan ayroso
Leopoldo en tan arduo empeño,

como admirados de ver
su poder los extranjeros.

Elton. Calla, que la aclamacion
que oimos está diciendo,
que en Palacio entraron.

Isab. Ya
el grande acompañamiento
de Príncipes y Ministros
vienen llegando á este puesto.

Elton. Ven pues, y en la habitacion
de mi hermano esperamos
á que lleguen.

Isab. Con gran gusto
iré tus pasos siguiendo. *Vanse.*

*Salen Zrin y Franchipan por
la derecha.*

Franch. Lleno de desconfianzas
la relacion que me has hecho
me ha dexado, Zrin.

Zrin. Marques,
la fortuna que de intento
parece que á proteger
ya nuestra astucia, comprehendo
que pudo tan solamente
disponer tales sucesos.

El enemigo mas fuerte,
que nuestras miras tuvieron,
fué el Príncipe de Lorena;
ya este se halla en grave riesgo
de perder con la privanza
del Emperador su aliento
y su honor por las astucias
de Nadasti, y aun hoy mesmo:-

Franch. El llega aquí.

Sale Nadasti. Franchipan,
Zrin, cobre nuevo aliento
nuestro rencor á pesar
de los frustrados proyectos.

Zrin. Cómo?

Franch. Pues qué hay?

Nad. Retiraos
á esa parte, y el suceso
os informará mejor.

Los 2. Pero:-

Nad. Haced lo que ordeno,
oid la resolucion,

y abrazad todos los medios
sin desalentar. *Los 2.* Ya vamos,
y cuenta con nuestro aliento.
Nad. Ya llega. *Se ocultan á la derecha.*

Sale Abenazar. Nadasti?

Nad. Solos
estamos, perded rezelos,
y hablad, no aquestos instantes
dichosos desperdiciemos,
ya que Leopoldo entregado
al pernicioso embeleso
de una hermosura se halla.

Aben. Pues una vez que os encuentro
ansioso de renovar
aquel pasado proyecto,
que en Bender ha dias que
aquel confidente vuestro
me propuso, con los mismos
tratados que allí se hicieron
protegerá mi señor
vuestras ideas: ya hoy mesmo,
como ofrecí, llegarán,
divididos y encubiertos,
á los montes de Schotuyen
ocho mil hombres guerreros
y feroces, que ayudados
de los que el partido vuestro
siguen puedan asolar
este dilatado Imperio.
Pensad vos en la materia,
y resolved, mas sea presto,
porque de una y otra parte
la fianza señalemos
de este contrato.

Nad. Nada hay
que pensar: yo os iré luego
á buscar para ese fin,
y si para el caso vemos
que es útil que acabe hoy
aquese monstruo soberbio
á vuestras manos, ayude
vuestro poder mi ardimiento,
y muera el Emperador.

*Al paño Leopoldo, Cárlos, Monteculi y el Príncipe; Nadasti le vé
venir, y se suspende.*

Leop. Qué escucho!

Nad. Penas, qué veo!

*ap.
pe-*

pero remediarlo trato.

Sí, morirá, á decir vuelvo,
si quebranta su palabra.

Aben. Ya su turbacion penetro,
pues vi á Leopoldo. Morir
el Emperador mi dueño?

vive Alá, que:- *Salen ahora.*

Leop. Eh, tened,
y no el sagrado respeto
de esta estancia:-

Aben. Señor:-

Leop. Basta.

Engañóse mi rezelo. *ap.*

Sírvaos de indulto esta vez
para con mi enojo el fuero
de Embaxador; mas sabed,
que si otro dia os advierto
tan osado y licencioso
atropellar los respetos
debidos á mi grandeza,
vuestros dignos privilegios
olvidando, abatiré
vuestro temerario vuelo.

Aben. Fuerza es sufrir este ultraje. *ap.*

Ved que:- *Leop.* No mas.

Carl. Quanto el ceño
de la Magestad aterra!

Leop. Nadasti, saber deseo
la ocasion de este disgusto.

Nad. Astucia, disimulemos. *ap.*

Fué, señor, que Abenazar
desconfiando en efecto
el salir bien despachado
en su pretension, soberbio
ó enojado dió á entender,
que romperia su dueño
la paz firmada, y la guerra
declararia al Imperio,
si menospreciabais hoy
su demanda, á cuyos fueros
respondí que:-

Leop. No mas, basta,
que me irrita quando veo,
que así se produce quien
mi favor viene pidiendo:
mas pues como Embaxador
no me dixiste el intento
de tu venida, tampoco

responder como Rey puedo
á tu demanda; mas ántes
que llegue el caso te advierto,
que si pides con orgullo,
te daré con menosprecio.
Nadasti, haz que á mi presencia
llegue esa gente.

Nad. Obedezco.

Vase.

Aben. Pronto será tu altivez
la ruina de este Imperio. *Vase.*

Cond. Príncipe, ménos airado
contigo á Leopoldo veo.

Carl. Si, y me admiro.

Leop. Afuera, afuera,
cuidados, que habrá harto tiempo
para cumplir con vosotros.

Al paño Nadasti. Entrad.

*Salen con Nadasti el Historiador, el
Pintor, el Armero y el Platero, y
echan á los pies del Rey.*

Los 4. Dadnos los pies vuestros,
señor. *Leop.* Alzad, qué quereis?

Arm. Mi humildad viene á ofreceros
esta espada, único fruto
de mi estudio y del esmero
con que adelantar procuro
el oficio que poseo.

Leop. Buen temple tiene, Nadasti.

Nad. Mas veo en ella un defecto.

Leop. Y es? *Nad.* El ser corta.

Leop. Sin duda

la has mirado como tierno
Adónis, no como fuerte
y acreditado Guerrero,
pues para el que lo es no hay
espada corta, supuesto
que adelantándose un paso
con osadía y esfuerzo
hácia su enemigo hace
quan largo quiere el acero.
Si él conoce mi valor,
anduvo prudente y cuerdo
en hacer corta la espada,
pues me da lugar con eso
á que en los choques de Marte
manifieste mi ardimiento,
dando mi brazo de mas
lo que ella tenga de ménos.

Qué quieres tú?

Plat. En justa prueba
de que leal os venero
por mi Rey, esta diadema
que han labrado mis desvelos
pongo á vuestros pies.

Leop. Lo fino,
delicado y bien dispuesto
de su labor dice bien
su habilidad.

Carl. Pero veo,
señor, que han de incomodaros
estas puntas que indiscreto
por adorno ha colocado
el artífice.

Leop. Tan necio
como el Conde de la espada,
que has juzgado tú comprendo
de la diadema. Estas puntas
que miraste sin misterio,
espinas son que entre el fruto
blandito, dulce y lisonjero
del reynar se crian. Ellas
si torpemente me duermo
en las delicias del trono
me despertarán, haciendo
que me acuerde de que un Rey
mas está en el trono excelso
á velar sobre sus hijos,
que á dormir sobre sus yerros.

Princ. Qué virtud!

Leop. Quién eres tú?

Princ. Un Pintor de los mas diestros
de Alemania. *Dale un retrato.*

Leop. Es mi retrato?

Princ. Sí señor.

Leop. O yo estoy ciego,
ó tú te engañas. *Conde.* Señor,
es copia del padre vuestro,
que á vos nada se os parece.

Leop. Con hartito dolor lo veo,
Conde, porque si mi padre
fué un Príncipe tan perfecto
como la fama publica,
y en nada á él me parezco,
claro es que tendré de malo,
quanto aquel tuvo de bueno.
Y pues con tal discrecion

me hiciste ver, que el defecto
de no parecerse á mí
el retrato que estoy viendo
depende de mí y no de él,
yo te haré ver con el tiempo,
que el retrato que me das
es el mio verdadero.

Cond. Qué discrecion!

Leop. Llegó tú.

Hist. Aquí, señor, en compendio
vuestra historia traigo escrita.

Leop. Mi historia? Loco te creo
ó adulador. Ya mi historia,
y ahora á reynar empiezo?

Hist. Vuestras virtudes, señor,
me han dado un espacio inmenso
para escribir lo que veis.

Leop. Cuentas algun desacierto
mio en ella? *Hist.* No señor,
que no le ha contado vuestro
jamás la malicia. *Leop.* Bien:
tú darás en mí un exemplo
á todos los Soberanos
de un Soberano perfecto,
no es la verdad?

Hist. Sí señor.

Leop. Y si (como mil hicieron)
en el papel de mi fama
dexo caer yo algun negro
borron, cómo has de emendarle
en la historia? Yo agradezco
tu aplicacion; pero guarda
aquese paso primero,
que has escrito de mi vida,
y quando veas tú mesmo,
que al primero corresponde
la perfeccion del postrero,
podrás escribir mi historia
y traérmela; pues veo,
que importa muy poco ó nada
que un Príncipe sea bueno
hoy, si mañana desmienten
lo que fué sus mismos hechos.
Partid: los quatro mostrasteis
con aplicacion y zelo
quán buenos Republicanos
sois, cumplisteis en efecto
la obligacion que teniais;

mas no debo yo por eso
 dexar de recompensar
 vuestro trabajo, que el premio
 que da al artifice un Rey
 es su mas sabio maestro.
 Haz, Nadasti, que á cada uno
 se den en este momento
 dos mil escudos. *Los 4.* Señor:--

Leop. Partid.

Los 4. Ya os obedecemos. *Vanse.*

Nad. Iré á aplacar á mi hermana
 astuto, porque el secreto
 no rompa, y en un instante
 malogre mis pensamientos. *Vase.*

Carl. Si así, gran señor, premiais
 la aplicacion y el ingenio,
 qué extraño será que todas
 las artes que tantos tiempos
 vió la Alemania marchitas,
 por el general desprecio,
 vuelvan hoy á florecer
 con tan generoso premio?

Cond. Ni quién dexará de amaros
 viéndoos en el trono excelso
 de Alemania consolar
 como padre amante y tierno
 al pobre, mas que mandar
 como Soberano y dueño?

Leop. Yo al ménos, mas que temido
 ser amado de mis pueblos
 deseo, y procuraré
 grangearlo en todo tiempo:
 pero cuiden mis vasallos
 de pagar hoy mis desvelos
 con amor y lealtad;
 porque el que no, vive el Cielo,
 que halle en vez de mi piedad,
 mi justicia y su escarmiento.
 Dudas, partamos á ver *ap.*
 si puede desvaneceros
 Ulrica, fuerza será,
 pues no encuentro otro remedio. *Vas.*

Carl. A mí ha dirigido el César
 su amenaza.

Cond. Sí, y contemplo
 que tarde ó nunca podrás
 aplacar su justo ceño,
 pues los fuertes testimonios:--

Carl. No mas, Conde, porque padezco
 enojarme si acabais
 de proferir otro acento.
 Yo soy el mejor vasallo
 que en su dilatado Imperio
 tiene Leopoldo, y sabré
 con la espada sostenerlo
 en todo tiempo. Está baste,
 y aunque de paso, os advierto,
 que si quereis ser mi amigo,
 aun quando mas verdaderos
 testimonios de mi crimen
 veais, no llegueis á creerlos,
 porque dicen mis hazañas
 mas verdad que todos ellos. *Vanse.*

Cond. Oid, esperad: sentido
 partió el Príncipe, y protesto
 que en lo que dixe no tuve
 ni aun la intencion de ofenderlo.
 Es noble, nada lo extraño,
 es forzoso el sentimiento
 que muestra, pues yo á pesar
 de lo que en aquel momento
 oí á Nadasti, y lo que
 en aquel papel yo mesmo
 leí, no he de creer jamas
 que fué autor de aquel exceso. *Vanse.*
*Aposento corto de Nadasti con dos pape-
 tas, sale Nadasti con un pliego
 en la mano.*

Nad. Pues no es fácil que yo pueda
 decir á Ulrica mi intento
 sin que me escuchen, y hacerla
 que me ayude en este empeño
 por ser tan corta esta estancia
 y haber mil criados, quiero
 entregarla este papel
 y que de él lo sepa, puesto
 que siendo de letra de uno
 de los confidentes nuestros,
 aunque se llegue á perder
 y le lean, nada arriesgo.
 Ella sale. Ulrica?

Sale Ulrica. Hermano?

Nad. Yo sé quanto mis aumentos
 deseas: tu amor conozco,
 conozco tu entendimiento
 y tu espíritu. Yo pongo

mi dicha en tu mano. El pliego

Dale un pliego.

que ves lee, y sin tardanza
haz lo que por él te ordeno.

Hace que parte.

Ulric. No sé qué temo! Oye, espera.

Nad. Lee, que al instante vuelvo;
mas por si importa, en tu mano
dexo Ulrica este veneno.

Dala un pomo y parte por la izquierda.

Ulric. Cubierta de horror me dexan
estos últimos acentos.

Veneno y carta cerrada!

acordar ántes mi esfuerzo,

mi amor, sus aumentos! ah!

de todo mi mal infiero.

Si acaso:- pero perder

estos instantes no quiero

en inútiles discursos,

abro temerosa y leo. *Abre y lee.*

Al paño Carlos.

Carl. Perdona amor, que esto es fuerza.

Si estará en casa? *Sale.*

Ulric. Qué veo?

quién aquí:- *Sobresaltada.*

Carl. Yo soy.

Ulric. Ay triste!

Carl. De espacio, viles rezelos,

que dice mucho en su rostro

la turbacion que la encuentro. *ap.*

Ulric. Muerta estoy!

Carl. Fingir importa. *ap.*

Qué tienes, que en el momento

que entré aquí perdiste tu rostro

todo el color?

Ulric. Yo:- si:- Cielos:-

fuerte lance! *ap.*

Carl. Si ese escrito

de algun amante encubierto,

que en mis ausencias ganó

amorosos privilegios

motivó tu turbacion,

modera tu sentimiento,

Ulrica, que yo no soy

tan ciegamente indiscreto,

que haré de este desengaño

un injusto menosprecio;

pues si algun dia me hiciste

de tu libertad, no dueño,

sino fiel depositario,

no he de ser yo tan grosero,

que si quieres usar de ella

pueda negarte el derecho;

y así desengañame,

ó satisfaz mis rezelos

sin temor de que yo acuerde

los solemnes juramentos

que me hiciste, pues aunque

están en el alma impresos,

como palabras al fin,

se las ha llevado el viento.

Ulric. Bien merecia el agravio

que tus sospechas me hicieron

ese castigo; mas no

es tan infame mi pecho,

que á precio de una mudanza

castigar quiera unos celos.

Esta carta ni es de amor,

ni infama los juramentos

que te hice. *Carl.* Pues dámela

me satisfará. *Ulric.* No puedo.

Carl. No puedes? *Ulric.* No.

Carl. Ya, mudable,

tus intenciones penetro,

tú quieres que yo ofendido

de que niegues á mis celos

la satisfaccion deteste

esta pasion, y que siendo

tú la que olvidar deseas,

pase yo de caballero

mudable y falso la plaza;

pues ya has logrado el intento,

Ulrica, que si hasta aquí

he vivido placentero

solo en fe de que te amaba,

ya desde ahora sabiendo

que te ha cansado mi amor,

estaré de amar tan léjos,

como lo está una muger

de ser firme en ningun tiempo.

Ulric. Detente. *Carl.* Ya para qué?

Ulric. Oye:-

Carl. Nada que oir tengo.

Ulric. Repara:-

Carl. Qué, tus traiciones?

déxame. *Ulric.* Advierte:-

Carl. No advierto.

Ulric. Mira, Cárlos, que te engañas, que no hay mudanza en mi pecho, y que si enojado partes:-

Carl. Qué has de hacer?

Ulric. Qué? lo que debo, dexar que partas.

Carl. No importa, siendo eso lo que deseo.

Ulric. Pues parte; pero no vuelvas, porque has de hallar en mi aspecto solo rigores. Carl. Y ahora, mudable, qué es lo que encuentro?

Ulric. Amor y lealtad.

Carl. Amor? pues disipa mi rezelo con esa carta. Ulric. Mi suerte quiere que no pueda hacerlo.

Carl. Ni yo tampoco creer tus disculpas.

Ulric. No hay un medio entre no ver este escrito, y quedar tú satisfecho?

Carl. No, que ya tu resistencia ha acrecentado mis zelos.

Ulric. Pues porque veas que injusto has ofendido con ellos mi fe y mi amor, y que digno de mis rigores te hicieron, juras, di, no descubrir en tiempo alguno el secreto, que esta carta encierra? Carl. Sí.

Ulric. Aunque aventuras en ello la vida? Carl. Sí; y que me falten á un tiempo la tierra y Cielo si lo quebranto. Ulric. Pues lee, y cumple tu juramento. Dale la carta.

Carl. Dudas, qué secreto es este?

Lee. *Pues al interes de entrambos toca este triunfo, y tienes mas actitud por vivir en Palacio para alcanzarlo, resuélvete una vez, y acaba la vida de Leopoldo con el veneno activo que dexo en tu mano, ya que tus delirios malograron mi intento hoy en la Quinta.*

Rep. Válgame Dios! aun no creo lo que me pasa.

Ulric. No ahora

malgastes, Cárlos, el tiempo en inútiles discursos.

Has quedado satisfecho de mi amor?

Carl. Sí. Cada vez ^{ap.} mi confusion va en aumento.

Ulric. Dudas mi fe?

Carl. No la dudo.

Ulric. Crees mi amor?

Carl. Sí le creo.

Ulric. Pues ya que de mi firmeza asegurado te dexo tan á costa de mis ansias, quédate, que no pretendo hacer víctima infeliz de tu escrúpulo indiscreto segunda vez mi opinion.

Carl. Ulrica, mi bien, mi cielo:-

Ulric. Es tarde ya.

Carl. Tarde? ah! que me perdones te ruego.

Ulric. Ha sido mucha la ofensa.

Carl. Sí, pero mi amor no es ménos.

Ulric. Te cansas en vano, Cárlos.

Carl. Advierte:-

Ulric. Ya nada advierto.

Carl. Mira:-

Ulric. Solo mi venganza.

Carl. No hay para obligarte medio?

Ulric. Solo uno. Carl. Qual es?

Ulric. Hacer lo que decreta ese pliego.

Quiero hacer de su nobleza ^{ap.} un costoso experimento.

Carl. Yo matar al César? Calla: tal me aconsejas sabiendo quien soy? Cabe en tu nobleza tan vergonzoso precepto? Basta, Ulrica, aunque es tal mi amor, tan loco mi extremo, como dixo mi fineza, es mayor segun dixerón, mis hazañas, mi lealtad, y así desde este momento puedes apagar la llama que amor encendió en tu pecho, pues no solo entre tu amor

y mi lealtad
mi lealtad
que en aqu
que vivió
tan exécrab
como este
desde luego
y abomino
que harán
tu perfidia
si las unies
y así olvie
que desde
mis suspiro
se pierdan
digan en
á los suce
que por c
perdí amo
y pues en
no me ob
que hicie
á malogr
Ulric. Quier
De mode
á estorba
Carl. Sí, U
Ulric. No c
Carl. No,
que mi
vasallo q
pero si
en logra
qué haré
Carl. Qué?
Ulric. Mal p
para qu
si él vi
Ulric. No
Dame l
de no
pasaré
desde e
Carl. No
Ulrica va
izquierda
polito,
Nad. Det
y

y mi lealtad prefiero
mi lealtad, sino que al ver
que en aquel hidalgo pecho
que vivió mi amor, delitos
tan execrables cupieron
como este papel publica,
desde luego le detesto
y abomino, porque juzgo
que harán un nudo imperfecto
tu perfidia y mi lealtad
si las uniese indiscreto;
y así olvidadme, no importa
que desde aqueste momento
mis suspiros y finezas
se pierdan, como los tiempos
digan en elogio mio
á los sucesores nuestros,
que por dar la vida al César
perdí amor, dama y aliento:
y pues en esta materia
no me obliga el juramento
que hice, quédate que voy
á malograr tus intentos.

Ulric. Quiero proseguir mi engaño. *ap.*
De modo, que vas resuelto
á estorbar este designio?

Carl. Sí, Ulrica, yo lo confieso.

Ulric. No dudarás disgustarme?

Carl. No, que mi Rey es primero
que mi amor, y nací ántes
vasallo que amante. *Ulric.* Es cierto;
pero si pende mi vida
en lograr su fin funesto,
qué harás?

Carl. Qué? guardar á entrambos.

Ulric. Mal podrás, porque no hay medio
para que no muera yo
si él vive. *Carl.* Advierte:—

Ulric. No advierto.

Dame la palabra aquí
de no estorbarlo, ó al pecho
pasaré desesperada
desde este pomo el veneno.

Carl. No harás mientras yo esté aquí.

Ulrica va á beber el veneno, sale por la izquierda Nadasti, y por la derecha Leopoldo, y Carlos le quita el pomo.

Nad. Detente. *Carl.* Suelta.

Leop. Qué es esto?

Ulric. y Nad. El Rey aquí?

Carl. Fuerte lance!

Nad. Señor, pues vos:—

Ulric. Duro aprieto!

Leop. Los Reyes honran las casas
según sus merecimientos,
Nadasti. Madama Ulrica,
qué ha habido aquí?

Ulric. Yo:— sí:— *Leop.* Pero
para qué he de preguntarlo
si yo puedo así saberlo:
qué papel es ese? *A Carlos.*

Ulric. Ay triste!

Carl. Qué le diré!

Nad. Vive el Cielo,
que es el papel que dí á Ulrica;
perdido estoy si el ingenio
no me saca de este lance.

Leop. No respondes?

Carl. Ni aun acierto
con las palabras. Señor,
este papel es:—

Ulric. Su riesgo *ap.*
he causado.

Leop. Muestra á ver.

Carl. Leopoldo invicto, yo os ruego,
que no le veais, porque:—

Leop. He, basta Suelta. *Se le quita, y lee.*

Carl. Yo muero.

Nad. Para emendar este daño
deme mi rencor un medio.

Leop. Cielos, valedme, que ya
Sorprehendido.
no me basto yo á mí mismo.

Ulric. Muerta estoy!

Carl. Sus justas iras
está mi vida temiendo.

Leop. Quién ha escrito este papel?

Carl. Soy amante y caballero? *ap.*
sí, pues piérdase mi honor
por guardar el de mi dueño.
No sé.

Leop. Pues quién te le ha dado?

Carl. No sé.

Leop. Pues quando yo encuentro
en tu mano escrito y pomo,
pavorosos instrumentos,

que

que contra mi misma vida
dirige el encono fiero,
ignoras quién te los dió?

Carl. Sí señor, y solo creo,
que para hacerme infeliz
los puso en mi mano el Cielo.

Leop. Ulrica, decidme vos,
qué causa pudo moveros
á dar tan descompasadas
voces en este aposento
quando yo llegué?

Ulric. Yo:-- sí:--

Nad. A soberanos preceptos
qualquiera respeto cede,
Ulrica. Ayúdame ingenio. *ap.*
Yo solo puedo deciros,
que oculto en ese aposento
ví que el Príncipe sacó
un papel y ese veneno,
y que dándoselo á Ulrica,
dixo, si es que al trono excelso
de Alemania subir quierdes
toma ese tósigo fiero,
y haz lo que en este papel,
Ulrica hermosa, te ordeno.
Leyóle, y ella ofendida
de tan criminal exceso
respondió, que lo que haria
seria llevar muy presto
aquellos dos testimonios
mas de su delito horrendo
al César. Pero él por fuerza
se hizo segunda vez dueño
de pomo y papel, por cuya
causa le estaba diciendo
quando vos entrasteis, suelta
que yo frustraré tu intento.
Esto es lo que hubo, pues ya
ocultároslo no debo.

Carl. Se puede dar un traidor *ap.*
de mas viles pensamientos!

Ulric. Ha cruel!

Leop. Cabrá en su amor *ap.*
tan abominable intento!
Príncipe, qué dices tú
de este delito?

Carl. No puedo
deciros mas de que estoy

inocente.

Leop. Quando encuentro
en tu mano dos testigos
tan abonados y ciertos,
que te condenan, á mas
de los que este dia tengo;
quando Nadasti asegura,
que te oyó expresar tu intento
basta que tú respondas,
que eres inocente?

Carl. Al ménos,
yo no puedo decir mas,
aunque amenace mi cuello
el cuchillo atroz.

Nad. No alcanzo *ap.*
la causa de su silencio.

Leop. Mira pues, que no podré
dexar de mirarte reo
si otra disculpa no hallas.

Carl. Vos sois de mi vida el dueño
pero alegar en mi abono
otras razones no puedo.

Nad. Fuerza es ya que en un suplico
ponga el César justiciero
su cabeza.

Leop. No? pues ven,
que á pesar de lo que veo,
Príncipe, tan fiero crimen
de tu lealtad no creo.

Nad. Qué escucho!

Ulric. Qué he oido, amor!

Carl. Bendigan, señor, los Cielos
tu piedad, mientras yo doy
un testimonio á los tiempos
de que á pesar de los muchos
indicios que en mí se viéron,
jamás halló la traicion
vil acogida en mi pecho.

Nad. Estatua he quedado! *ap.*

Leop. Vamos,
Nadasti, que ya el festejo
prevenido empezar debe.
A Dios, Ulrica.

Ulric. El eternos
siglos guarde vuestra vida
para bien de nuestro Imperio. *Vate.*

Carl. Mi corazon me disculpe,
señor, si no tuve acierto.

Leop.

Leop. Amor, entre tantas dichas
solo tú afliges mi pecho.

Nad. Rencor, aunque la fortuna ap.
ha frustrado mis deseos,

hasta verlos coseguídos
del todo no desmayemos. *Vanse.*

Salen corto, y salen por la izquierda
Eleonora y Margarita.

Marg. Vuelva otra vez y otras mil
á enlazarse con mi pecho

vuestra Alteza, pues aun quando
no merecieran mi aprecio

vuestras singulares prendas,
el saber este momento

que sois hermana de un César,
á quien con tan fino extremo

ama mi fe, bastaria
para ser vuestra.

Eleon. Agradezco
tanto á vuestra Magestad

las honras que la merezco,
que para pagarlas no hallo

mas justo ni digno medio,
que el agradecerlas. *Marg.* Dónde

está mi esposo?

Eleon. Comprehendo
que en su despacho: porque es

tanto el amor, tanto el zelo
con que á sus vasallos mira,

que á no estar en mucho riesgo
su salud, ningun motivo

le sirve de impedimento
para salir al despacho.

Marg. Quán corta que anduvo creo
la fama de sus virtudes,

pues quanto oigo y quanto veo
le van haciendo á mis ojos

mas amable y mas perfecto
que creí! *Eleon.* Mucho ensalzais

su virtud.

Marg. Dichoso Imperio
que goza tal Soberano,

y mas dichoso en efecto
mi corazon, que merece

tener tan benigno dueño.

Salen Zrin. Señora, el César me manda
avisaros, que el festejo

empezará quando vos

gusteis.

Marg. Decid que al momento.

Zrin. Voy, señora, á dar la orden. *Vas.*

Marg. Venid, hermana, admiremos

el gusto, el poder y amor

de Leopoldo, ya que inmensos

testigos de su virtud

y su prudencia tenemos.

Eleon. Mucho el amor que os profesa

muestran estos rasgos; pero

es mas, sin adulacion,

el merecimiento vuestro. *Vanse.*

Todo el teatro le ocupa un espacioso

jardin con una cascada al frente en el

centro del foro, y mas adelante dos

fuentes que figuran recibir al agua de

ella: al rededor del teatro un órden

de macetas capaces de ocultar un hom-

bre, y sobre ellas algun texido de flo-

res y yerbas, pero todo figurado: du-

rante el ritoruelo descenderán de las

bambalinas por la derecha en una nube

la Fama con alas y clarin cantan-

do el siguiente recitado.

Rec. Curiosos extrangeros,

que del clarin sonoro de la fama

convocados venisteis

á disfrutar las glorias que Alemania

dispone á Margarita,

astro luciente de la angusta España,

prevenid la atenció, pues ya al precepto

de su voz aun las piedras animadas

de este jardin al verla

ofrecen un prodigio en cada planta.

A un mismo tiempo la cascada se tras-

forma en un magnífico trono con dosel,

y se vén sentadas Margarita y Eleo-

nora, y el órden segundo cae y ofrece

una magnífica galería iluminada y coro-

nada de varias figuras de ambos sexos

y distintos trages en arleman de ver el

espectáculo, advirtiéndole que pueden

estar á este fin en ella Nadasti, Zrin,

el Marques, el Duque, Abenazar,

y Monsieur de Gramonville,

Ulrica y otras Damas.

Marg. Solo el amor y el poder,

hermana, hubieran dispuesto

trans-

transformacion tan costosa.

Eleon. Que empiezan ahora creo
sus maravillas. *Marg.* Lucida
gente ha acudido al festejo.

Ulric. Amor, permite esta tregua
á mi cruel sentimiento.

Canta la Fama. Pues ya la noche obscura
se ha vuelto claro día
al ver con alegría
nacer tan bello sol;
calme la pena
en hora buena,
las sombras huyan
y restituyan su resplandor.

*Desciende de las bambalinas por la
izquierda el Dios de Amor con
sus atributos.*

Amor. Cesen ya, parlera fama,
los continuados ecos
de tu clarín, pues no es justo,
que digan al mundo ellos
lo que el mundo ha de ver hoy
con admiracion, y puesto
que el festejo aparatoso
de este día sabio y cuerdo
dexó Leopoldo al arbitrio
de su amor ardiente y tierno
que soy yo, á mi cargo queda
desempeñar este obsequio:
y así, prestad la atencion
todos, y aunque los portentos
que yo en mi nombre dispuse
lleguen hoy á suspenderos
por lo grandes y lo raros,
no los extrañéis, supuesto
que los ordenó el poder,
y es Amor quien los ha hecho.
Atended, digo, y veréis
que aunque no haya en este ameno
vergel quien pueda ayudarme
á desempeñar mi obsequio,
hallaré en plantas y flores
mucho mas que yo deseo.

*Cae el lienzo del órden primero de
macetas dexándose ver en el hueco de
cada una un baylarin con traje
igual de pareja.*

Todos. Qué prodigio!

Eleon. Qué invencion!

Marg. Hermana, cuánto su ingenio
muestra Leopoldo en sus rasgos!

Ulric. Cada cosa es un portento!

*Baylarán alguna contradanza vistosa,
y á este verso del Amor ocupará
cada uno su sitio.*

Amor. Basta ya: y pues á ti, ó Fama,
te corresponde en efecto
dar parte de lo que viste
á todo el vasto universo,
vuela, repitiendo alegre
con tus mas acordes ecos:--

Canta la Fam. Pues ya la noche obscura
se ha vuelto claro día
al ver con alegría
nacer tan bello sol &c.

*Elévanse las dos nubes, y quedando
el jardín como ántes se da fin á
la jornada.*

~~Fin de la obra~~

JORNADA TERCERA.

*Salon magnífico con trono de dos asien-
tos sobre una espaciosa gradería. A los
pies de esta algunos taburetes y una
mesa á cada lado, sobre las cuales ha-
brá en algunas bandejas dos coronas
imperiales, mantos, cetros, un libro y
un cuchillo: suena una agradable mar-
cha, y á su compas sale la guardia Im-
perial que quedará formada á los lados
del trono; tras ella Zrin, Franchipán,
Nadasti, el Duque, el Conde, el Prin-
cipe Cárlos, Leopoldo, Margarita,
Eleonora, Ulrica, la Condesa de
Eril y Damas de acompa-
ñamiento.*

Leop. Ya, Alemanes generosos,
llegó el venturoso día
en que mi amor os demuestre
lo que la lealtad estima
de vuestros pechos. Hasta hoy
gobernó mi madre misma
este Imperio, por no hallarme
instruido todavía
en su manejo, y aunque

os ha gobernado digna
y justamente, no ha dado
todo el premio que debia
á muchos, por ignorancia,
y á ninguno por malicia.
Hoy por mi edad, por mi estado,
y porque el Reyno pedia
César que le gobernase,
entra á reynar mi justicia
sobre vosotros, y así
las ceremoniales sigan
de nuestra coronacion,
para que ya fenecidas
suba con mi esposa al trono,
y desde él pueda este dia
cambiar en felicidades
vuestras amargas desdichas.
Nad. Pues llegad, y el juramento
sobre estas letras divinas
haréis.

Leop. Pues á ti te toca
recibirle en este dia,
pídele, que por un rato,
depuesta toda mi digna
grandeza, en la humilde tierra
pongo la augusta rodilla.

Nad. Juraís que al trono subis
á regir sin tiranía
el Imperio? *Leop.* Sí lo juro.

Nad. Juraís perder vuestra vida
por defender los derechos,
honras y prerogativas
de la Patria? *Leop.* Sí.

Nad. Juraís
mantener siempre la misma
Religion y leyes, que
veneradas y seguidas
fuéron de nuestros mayores?

Leop. Sí.

Nad. Juraís hacer justicia
á quantos os la pidieren,
sin que el odio y ojeriza
trastornen las lises?

Leop. Sí.

Nad. Pues los Cielos os asistan
si lo cumplís, y si no
castiguen vuestra perfidia.

Leop. Amen.

Nad. Ya la investidura
podeis tomar.

Leop. Recibirla
quiero de tu mano. *Le pone el manto.*

Nad. Honrais
mi humildad con esta dicha.
Puede que quien te la pone *ap.*
te la quite en este dia.

Carl. Que honre el César á un traidor!

Dug. Bien os sienta, por mi vida,
la corona. *A Margarita.*

Marg. El Cielo quiera
que por las acciones mías
no se infame.

Zrin. El cetro.

Leop. Mucho
pesa para la edad mía;
pero si mis tiernas manos
no pueden, como codician,
sostenerle, las de Dios
lo harán por mí compasivas.

Franch. De la justicia el cuchillo
es este.

Leop. De la justicia?
Suelta pues, que esta es de un Rey
la mas noble y justa insignia.
La diadema solamente
superioridad indica,
magestad la investidura,
y mando el cetro; autoriza
todo su persona, sí;
pero la sabiduría
del Cielo no dió á la tierra
Reyes á quienes engria
ni la magestad ni el mando,
sino hombres que hagan justicia
á los hombres, y con ella
su orgullo infame repriman.
Y así, solo este cuchillo,
que es quien mas caracteriza
al Soberano, recibo;
ya se halla en la mano mía,
vasallos, ninguno fie
desde hoy en mi conocida
piedad, que si como padre
consuelo vuestras desdichas,
como Rey castigaré,
sin exceptuar mi misma

sangre, á todo el que se atreva
á violar las leyes dignas.

*Leopoldo acompañado de todos hasta el
trono, sube á él por la mano de Cár-
los, y Margarita por la del
Duque.*

Nad. Qué altivez le infunde el trono!

Zrin. Nadasti, ya prevenidas
las tropas están: emprende,
y en sus alientos confía.

Nad. Está bien: hoy mas que nunca
tiemble el César mi ojeriza. *Vas. Zrin.*

Leop. Ya en el trono de Alemania
me colocó la hidalguía
de vuestros pechos, sentaos,
y escuchad.

Carl. Ah amada Ulrica!
qué tanto tus deslealtades
de martirios me originan!

Ulric. Ay Cárlos! que mis engaños
tu noble enojo motivan.

Leop. Ya sabeis lo que este Imperio
de males y de desdichas
sufrió en aquellas pasadas
sublevaciones continuas,
que los Húngaros quejosos
levantáron. Bien sabia
mi madre, y sé yo tambien,
quien idea tan iniqua
fomentó y autorizó;

pero pues ya su benigna
piedad perdonó aquel crimen,
yo lo confírmole este día.

La causa pues de la queja,
según hoy, si, consistia
en que los Húngaros fuertes
guarniciones no querian
de Imperiales en las Plazas
de Croacia. Concluida
la conjuración ahogáron
la queja, y hasta este día
sufrieron la guarnición,
y la sufrirán por vida
de Leopoldo, mientras fueren
aquellas fronteras mías.
Segunda vez hoy (según
mis experiencias afirman)
á resucitar empiezan

aquellas muertas cenizas
de la sedición, á causa
de que la infame heregia
en toda Alemania gime
despreciada y perseguida.
Esto supuesto, atender
á ambos riesgos determina
mi bondad, dando á los unos
las poblaciones distintas
que yo los señale, á fin
de que con su secta vivan
tranquilos, y no inficionen
con sus máximas nocivas
el Imperio; y á los otros
guarneciéndoles sus Villas
de tantos Húngaros fuertes
como Imperiales. No digan,
que por no fiarme de ellos
puse guarniciones mías.
Remediados estos daños,
al tercero determina
acudir mi poder. Sé
que por las guerras continuas
se empenó mi Erario. Sé
que mi madre persuadida
por un traidor ha afligido
de modo con sus continuas
contribuciones mi Imperio,
que están llorando su ruina
mis vasallos, con que al ménos,
porque vean redimida
su miseria, harás, Nadasti,
que desde hoy no les opima
impuesto alguno, y tres años
gocen esta piedad mia;
pues no es bien, que quando un Rey
sangrientas guerras publica
por defender sus haciendas,
les quite haciendas y vidas,
imponiéndoles las cargas
que el despotismo le dicta.

Nad. Señor, advertid que apenas
de ese modo os quedarían
rentas para manteneros
con la decencia debida
vos. *Leop.* Cercenadla.

Nad. Y con qué
pagaréis á los que os sirvan?

Leop.

Leop. Con la mitad de las rentas
que hasta ahora poseían
mis Ministros, y que ahora
mi voluntad les desquita
por excesivas é injustas;
pues mirándolo en justicia,
mas vale que un Soberano
y sus Ministros corrijan
su vanidad, y moderen
hoy su opulencia excesiva,
que no que diamantes cuajen
del sudor del pobre. *Carl.* Ah digna
reflexión de un Soberano!

Marg. Cada instante multiplica
mi amor su virtud. *Nad.* Qué vana,
ridícula hipocresía!

Leop. Y en fin, pues mi magestad
gustosamente su antigua
grandeza pierde por ver
si á sus vasallos alivia,
el que mi gracia quisiera
mis mismas pisadas siga.

Marg. Qué prudencia!

Leop. Y desde hoy
á ninguno se le impida
la entrada si hablarme quiere.

Carl. Vuestra Magestad no mira,
que cansarán su bondad
con importunas continuas
quejas. *Leop.* Al trono subí
tan solamente á sufrirlas.

Un Soberano tener
debe siempre prevenida
su atención para escuchar
á sus hijos, pues si aspira
á corregir en su Reyno
la impiedad y tiranía,
cómo si llega á ignorarlas
ha de poder corregirlas?

Salé Zrin. Señor, los Embaxadores
de la Francia y de Turquía
besar vuestras reales manos
este instante solicitan.

Leop. Que entren.

Salé Monsieur de Gramonville y Abe-
nazar, y llegándose al trono besan
la mano á sus Magestades.

Aben. Rencores, finjamos.

Gram. Pues el placer de este día:--

Aben. Pues el dichoso motivo
de nuestra union:--

Los dos. Esta dicha

me ofrece:-- *Besan la mano.*

Gram. En nombre del Rey
Christianísimo, que aspira
á daros mas dignas pruebas
de la amistad con que os brinda:--

Aben. Monsieur, por quien soy pudieras
darme la prerogativa
de hablar ántes.

Gram. Por quien soy
no te la tengo cedida,

Turco. Aben. Vive Alá que:--

Leopoldo baxa precipitadamente del
trono ayudado de Carlos, y Mar-
garita del Duque.

Leop. Basta,

Abenazar, que mi altiva
condición se corre ya
de sufrir vuestra osadía.

A mis ojos, y á los ojos
de mi esposa Margarita
tal desacato! Los Cielos

viven, que os hagan mis iras:--

Leopoldo amenazándolos, y ellos re-
tirándose con sumision.

Gram. Yo, señori:--

Aben. Señor:-- *Marg.* Esposo,
tente, y si en aqueste día
merece mi intercesion
algun respeto, consiga
el indulto de su arrojo.

Leop. Quien es dueño de mi vida
y mis acciones lo manda,
esposa, no lo suplica.

Por ti su error perdonado
queda, y templadas mis iras;
pero porque así conviene,
Abenazar, os intima
mi poder, que de Palacio
no salgais sin orden mia,
ni vos de la casa vuestra.

Gram. Nada mi atención replica.

Aben. Yo preso?

Leop. No he dicho tal,
mas si crec vuestra altiva

condicion, que los respetos de vuestro dueño podrian estorbarme que lo hiciera, entended, que es mi justicia tan severa, que si no moderais vuestra osadia en adelante, tal vez no os libraré Margarita de mi rigor; pues si vos teneis tanta altanería, tengo yo en Viena tambien cuchillos para abatirla.

Marg. Qué entereza tan gallarda!

Nad. Qué presuncion tan altiva!

Leop. Ven, esposa.

Marg. Id confiado

en que templaré sus iras. *A Aben.*

Leop. Ven, Príncipe. *A Carl. y Vanse.*

Ulric. En el jardin,

Cárlos, la fineza mia

te espera en anocheciendo.

Al oido, y vase.

Carl. Corazon, qué querrá Ulrica? *Vase.*

Nad. Yo dispondré la ocasion de asegurar mi perfidia, ya que las tropas rebeldes en mis banderas se alistan.

Aben. Nadasti?

Nad. Ya nos verémos,

que no es ocasion propicia de hablarnos, que si nos vén despertará la malicia. *Vase.*

Aben. Fuerza pues será escribirle mi idea esta noche misma,

una vez que no podemos hablarnos. Teme mis iras, Leopoldo, que ellas tal vez lograrán hoy tu ruina. *Vase.*

Salon corto, y sale Leopoldo por la izquierda.

Leop. Esto es fuerza ya: discurso, las dudas en que vacilas son muchas, y mucho el riesgo para diferir un dia mas el exámen: es mucha de Lorena la hidalguía y el valor; pero son mas los testigos que acriminan

su conducta. El viene: alerta, cuidados, que la perfidia saldrá á sus ojos si es que en su corazon habita.

Sale Cárlos. Señor?

Leop. Espera. *Mirando la estancia*

Carl. Qué intenta, que con cuidado exámina la estancia?

Leop. Solos estamos,

Príncipe. Las infinitas

quejas que de vos recibo, y lo que os amo, me obligan

á proceder tan piadoso

con vos. Sé vuestra hidalguía,

confieso que á vuestro brazo

debió Alemania infinitas

víctorias; mas los testigos

que vuestra traicion publican

son tantos, que no se atreve

á hacerse desentendida

de todos mi autoridad,

pues al verlos este dia

en mi mano ni aun supisteis

disculpar vuestra perfidia:

vuestro disfraz en el bosque

de Potendorf, en la Quinta

un escrito en que vos propio

dais de vuestra mano misma

á Roberto la instruccion

para dexar conseguida

vuestra idea: otro de mano

agena y desconocida

hoy en casa de Nadasti,

el veneno que publica

su contenido; en fin, todo

vuestro delito confirma

de suerte, que si hasta ahora

por ser vuestra sangre mia

no le creí, ya á creerle

su misma fuerza me obliga.

Yo debiera castigaros

con el rigor que pedian

las leyes; pero si atiendo

á recompensar las dignas

hazañas que obrasteis quando

con lealtad me serviais,

fuerza es que proceda méños

rigurosa mi justicia.

Y así, pues saber no quiero
la ocasion de esa perfidia,
á remediarla acudamos
con tiempo: y á mi ofendida
Magestad, á las instancias
de mi amor cede este dia,
confesadme vos la culpa,
y atended á corregirla,
que yo os juro por quien soy
perdonarla y desmentirla.

Carl. Ah señor! y cuánto sale
de rubor á mis mejillas
al escuchar vuestra queja,
al oir vuestra benigna
Magestad, y al acordar
cuánto la suerte enemiga
es de mi lealtad! No niego
que la sospecha autorizan
esos testigos; que deben
condenarme es cosa fixa:
pero es mas fixo, señor,
que las lealtades mias
no solo no cometiéron
el crimen que ellos publican,
sino que ni cometerle,
aunque quisieran, podian.

Leop. Aun insistes en negarlo?
Podrás tener osadía
para tanto? *Carl.* Sí señor,
pues mi inocencia me anima.

Leop. Tu inocencia? Ya les falta
el sufrimiento á mis iras.
Sin culpa tú? tú inocente?
miente quien así lo diga,
traidor eres, y:— *Carl.* Traidor?

Leop. Traidor, sí. Bien es que finja *ap.*
por asegurarme mas.

Carl. O momento de mi vida
el mas amargo! O injusta
retribucion de mis dignas
hazañas! Ah vil fortuna!
para oir esta ignominia
reservaste mis alientos
de las puntas enemigas!
Cuánto mas te agradeciera
mi lealtad ofendida,
que en qualquier choque sangriento

la hubieras hecho impropicia
víctima de sus contrarios!

Muriera con bizarría
á lo ménos, no viviera
infamada y ofendida.
Pero pues mi fama ultraja
quien puede, ahóguense mis iras,
sufoque el respeto todo
el furor que me domina,
y ya que no puedo en vos
vindicar la fama mia,
de este modo:— *Saca la espada.*

Leop. Temerario,
bárbaro, dí, qué maquinas?

Carl. No me estorbeis.

Leop. Contra quién
sacas la espada atrevida?

Carl. Contra quien de la fortuna
fué blanco toda su vida.

Leop. Eso sí, que en su lealtad
tal arrojó no cabia.

Tente. *Carl.* No os basta, señor,
ultrajar la fama mia,
sino que quereis que lleno
de un oprobrio eterno viva?

Leop. Voyme, que si me detengo *ap.*
no es posible que resista

mi placer. Basta ya, Cárlos.
No me engañó mi malicia: *ap.*
y advierte que quien no sufre
las ofensas recibidas
de su Rey, ó no es leal,
ó que no lo es se acredita. *Vase.*

Carl. No es leal quien de su Rey
los agravios no resista?
pues suframos, corazon,
y ya que diste infinitas
pruebas de tu lealtad

al mundo entero, reciba
la postrera y mas costosa
de todas; y pues Ulrica,
aunque de mí despreciada,
á esa antesala me cita,
vamos á ver si su amor
mi duro pesar alivia. *Vase.*

*Jardin, y sale por un bastidor de la
derecha Nadasti, y por otro Ulrica.*

Nad. Qué me querrá Abenazar,
que

que con tal prisa me cita
á este jardin? *Ulric.* Rezelos,
si Cárlos se olvidó
de lo que le dixé?

Por un bastidor de la izquierda Abenazar, y por otro Cárlos.

Aben. Aquí
me respondió que vendría
Nadasti al entrar la noche.

Carl. Nadie se vé, y quando Ulrica
me mandó venir, es fuerza
que no me engañe.

Al paño por la izquierda Leopoldo.

Leop. Que siga
á Nadasti, y que me guarde
de sus rencores me avisan
ahora por un papel.

Aquí entró. Confusion mia,
qué intentará?

*Ulrica hácia Nadasti, y Cárlos hácia
Abenazar con estos versos.*

Nad. y Carl. Aquí se acerca
si el deseo no delira.

Ulric. Pisadas oigo: él será.

El Emperador anda á tientas.

Leop. Por si acaso son precisas
las luces, voy á mandar
que las tengan prevenidas
y guarden las puertas. Cielos,
aclarar las dudas mías. *Vase.*

Aben. No me he engañado. Nadasti?

Carl. Qué oigo! Esta voz no es de Ulrica?

Aben. Pues el Rey puede echar ménos
mi persona por la misma
razon de estar cuidadoso,
toma: mi amistad te avisa

Dale una carta.

lo que has de hacer, porque quede
nuestra intencion conseguida.

Carl. La voz no conozco, aunque
ya su cauteloso enigma
penetro. *Nad.* El es sin duda.

Ulric. Cárlos? *A Nadasti.*

Nad. De espacio, malicia,
que esta es la voz de mi hermana.

Ulric. Pues hoy la suerte me priva
de hablarte, en este papel
hallarás la prueba digna

de mi verdadero amor.

Toma, y á Dios, que peligra
mi honor si me hallan aquí.

Nad. Primero te harán mis iras
pedazos. *Ulric.* Mi hermano!

Aben. Qué oigo!

Carl. Nadasti, Cielos!

Nad. Impía,
dónde te ocultas?

Ulric. No hay quien
pueda defender mi vida?

Dent. *Leop.* Seguidme.

Nad. Muere.

*Selen Leopoldo, el Conde, el Marqués,
la guardia y criados con hachas por la
derecha, y por la izquierda Margarita
Eleonora, el Duque y Damas.*

Leop. Detente.

Los 4. Mármol soy.

Ulric. Todo me agita.

Leop. Qué papel es ese, Conde?

Nad. Este papel:—

Leop. Muestra. *Nad.* Impia
fortuna, no aquí malogres
mis esperanzas.

Lee Leop. La heroyca fidelidad que guar-
das al César ha hallado en mi la esti-
macion que no creias: defiende con-
tante su amable vida de las iras de
un traidor si quieres conservar mi
aprecio.

Nad. Albricias,
temor.

Leop. Muestra ese otro tú.

Carl. Todo, corazon, te agita;
Dale el papel.

si eso haces siendo inocente,
siendo culpado, qué harías?

Ulric. Qué será?

Lee Leop. Pues hemos tratado ya la
ruina de este Imperio, y aun la muerte
te del César, dispon las tropas de tu
faccion, porque uniéndose mañana
las que yo te he ofrecido demos el golpe
meditado; veámonos para resolver
antes que amanezca fuera de las
puertas de Viena.

Todos. Qué maldad!

Ulric.

Ulric. Confusa estoy.
 Aben. Mi escrito ha dado por dicha
 mi equivocacion á Cárlos.
 Dug. Por Dios, que no hará justicia
 el César si á ese traidor
 hoy la cabeza no quita.
 Marg. Ya fuera error el creerle
 fiel, despues de tan continuas
 experiencias.
 Nad. Este acaso
 ha declarado su ruina.
 Leop. Ola.
 Sale el Marg. Señor?
 Leop. Ya es forzoso,
 que medie aquí mi justicia.
 Carl. Muerto he quedado.
 Leop. Llevad
 preso á esa torre contigua
 á los muros:-- Nad. Ya vencí.
 Ulric. Amor, que Cárlos peligra.
 Leop. A Nadasti.
 Marg. Zrin. y Aben. Qué oigo?
 Nad. A mí?
 Leop. Sí. Nad. Señor:--
 Leop. Llevadle aprisa
 donde en un suplicio pague
 sus horrorosas perfidias.
 Nad. Advertid que:--
 Leop. Eh, partid.
 De tu lealtad hoy fia *Al Marques.*
 su persona mi cariño.
 Franch. Yo burlaré tu maligna *ap.*
 intencion. Ya obedecemos.
 Dug. El César, por vida mia,
 es un loco. Nad. Corazon,
 aun la esperanza me anima. *Le llevan.*
 Marg. Pues, esposo, quando hallas
 un instrumento que diga
 su lealtad, en él empleas
 el rigor de tu justicia?
 Leop. Sí.
 Ulric. A pesar de su traicion *ap.*
 su peligro me lastima.
 Señor, si pueden mis ruegos:--
 Leop. Levanta del suelo, Ulrica,
 y si mi gracia deseas
 no intercedas por su vida.
 Si las leyes de los Reyes *ap.*

es el Cielo quien las dicta,
 ningun rezelo me queda
 de haber errado este dia.
*Vanse todos ménos Margarita, Ulrica
 y Eleonora.*
 Ulric. Señora, si es que mi llanto
 vuestra compasion excita:--
 Marg. Ya entiendo, Ulrica; y aunque
 tan airado como miras
 está Leopoldo, yo ofrezco
 hablarle, y templar sus iras
 si puedo. *Eleon. Y yo.*
 Ulric. El Cielo os pague
 tan generosa hidalguía
 por mí.
 Marg. Seguidme, Eleonora,
 y ya que tanto os estima
 mi esposo, me ayudaréis
 á moderar su justicia.
 Eleon. No replico, vamos.
 Marg. Vamos.
 El corazon me lastima.
 Piedad:--
 Eleon. Compasion:-- Ulric. Amor:--
Las 3. Su duro quebranto alivia. Vanse.
*Ciudad cercada de muralla con una tor-
 re pegada por dentro al muro: noche obs-
 cura, y por una ventana de la torre se
 descuelga hácia el muro Nadasti
 en cuerpo.*
 Nad. Corazon, pues el peligro
 en que me veo te anima,
 no desalientes. La sogá
 que Franchipan escondida
 pudo dexarme ya queda
 asegurada: osadia,
 tu auxilio imploro: al silencio
 está todo, y aun propicia
 la obscuridad de la noche
 es á la temeridad mia.
Se descuelga por la derecha.
 Sale Zrin. Informado del intento
 del Conde viene mi fina
 amistad á socorrerle
 si acaso lo necesita
 su valor. Nadie hay que note
 sus acciones ni las mias
 en este sitio. Si habrá

des-

descendido ya. Se agita
mi espíritu al contemplar
su grande riesgo.

Nad. Ojeriza,
ya al muro llegué, y ningún
centinela se divisa
en él.

Zrin. Rumor he escuchado.

Nad. Alto es el muro; mas si insta
el peligro, qué reparo?
Fuerza es.

Zrin. Si me engañaría.

Nad. Superior á todo es
mi espíritu. *Zrin.* No delira
mi temor; ruido he escuchado:
si será él; mas prevenidas
las armas, sea quien fuere,
le esperará mi osadía.

Déxase caer del muro Nadasti.

Nad. Válgame el Cielo!

Zrin. Qué escucho?

Desde la muralla misma
cayó un hombre: si será
Nadasti?

Nad. En vano maquina
mi espíritu levantarse,
no puedo, pese á mis iras.

Zrin. Si llegaré? No se mueve:
mucho mi opinion peligra
si no es él.

Nad. Ni aun la fortuna
Forcejea para levantarse.
ha de postrar mi osadía.

Zrin. Resuelto estoy: yo me llevo.

Nad. Pasos oigo, en qué impropicia
ocasion, si me conoce:-

Desesperacion, ánima

mi valor: este puñal:-

Quién va? *Zrin.* Nadasti?

Nad. Sí, dicha,

Zrin. es. Pues quién te trajo
aquí á estas horas? *Zrin.* Mi fina
amistad. Por Franchipan
supe tu arrojó: noticia
dí de todo á Abenazar,
quien con Franchipan partia,
quando me vine, á aprontar
las tropas. *Nad.* Ah! nueva vida

me das, *Zrin*; y pues tanto
nuestras personas peligran
aquí, vamos á buscarlos.

Zrin. No, que ántes que llegue el día
llegarán ellos aquí.

Nad. Aquí? Pues dí, qué maquina?

Zrin. Creo que:- Pero detente,
que á esta parte se divisa
á la luz escasa gente.

Nad. Retirémonos aprisa,
Zrin, que si nos conocen
todo se malograria.

*Salen Franchipan y Abenazar
con rezelo.*

Franch. Pisa quedo, que dos bultos
hácia aquel lado se miran.

Aben. Los dos serán.

Franch. Pues lleguemos:
ola, amigos? *Zrin.* Sí, su misma
voz es. *Nad.* Franchipan?

Franch. Pues ya
se logró quanto queria,
amigos.

*Va aclarando el teatro, y salen por la
derecha algunos Soldados Húngaros
y Turcos.*

Aben. Nadasti, ya
vés mi palabra cumplida.

Nad. Sí; y pues dentro de Viena
las mayores fuerzas mías
se esconden, y las del César
estarán desprevenidas,
amparados de la noche
llevemos á sus altivas
torres el furor. *Aben.* Llevemos,
sí, acabemos este día
la soberbia de Leopoldo.

Nad. No perdamos tiempo, aprisa,
soldados, la asolacion
y el terror en nuestras iras
llore Alemania.

Zrin. Seguidme.

Nad. Nuestros pasos se dirijan
á Palacio, pues en él
nuestros deseos habitan.

Aben. Amigos, obedeced
como si fuera la mia
la voz de estos Capitanes.

Entran todos por la puerta de la Plaza.

Nad. Fortuna, si mi osadía proteges, será mi brazo de todo el Imperio ruina. *Vase.*
Atrio de Palacio. Sale el Conde apresurado.

Cond. Forzosa conjuración hay en Viena: la huida de Nadasti, muchas tropas Húngaras, que fementidas su quartel abandonaron.

Dent. Nad. No perdoneis una vida, hijos. *Voces.* Piedad.

Dent. Cárlos. Enemigos hay en Viena: al arma.

Zrin. Viva la libertad. *Cond.* Qué oigo?

Salen Cárlos. Todo es confusion este dia. Conde, ven, y mientras yo ordeno con toda prisa la guardia del Rey, tú junta algunas tropas: Divina Bondad, el horrendo crimen de estos alevos castiga. *Vase.*

Dent. Franch. Húngaros, mueran.

Salen Nadasti con algunos Soldados en espada en mano.

Nad. Seguid el impulso de mis iras, y hasta asegurar al César no calme vuestra osadía.

Parten por la izquierda; por la derecha salen retirándose Franchipan, Abenazar y los suyos del Príncipe Cárlos, el Conde é Imperiales, y lidian un instante.

Cond. Qué importa que seais muchos, si lidiais contra justicia, y sois cobardes.

Salen por la izquierda, acuchillados de Leopoldo y Cárlos, Nadasti y Zrin.

Nad. No hoyais,

Húngaros.

Carl. Como resistan matadles.

Cogen ambos cuerpos en medio á los traidores y los rinden.

Leop. No, deteneos, pues á mi poder se humillan.

Salen Margarita, Eleonora y Ulrica desfavoridas, y el Duque delante de ellas con espada desnuda.

Dug. No temais, que va con todas la conocida cuchilla de Alburquerque.

Eleon. Hermano. *Marg.* Esposo.

Leop. Cese el susto, Margarita, que el Cielo y nuestro valor ya sus cervices humilla hasta mis pies, porque vean el fruto de su perfidia ellos, y conozcas tú si obré yo contra justicia en asegurarle hoy.

Marg. Quién tu prudencia no admira!

Leop. Traidores, todos sois dignos de mi rigor. Mi justicia se vé precisada hoy á dexar con vuestras vidas escarmiento al mundo.

Marg. Esposo, pues tantas virtudes brillan en ti hoy, exceda á todas tu piedad. *Leop.* No, Margarita, el Rey debe dar al mundo de su severa justicia la satisfaccion, y mas quando no solo ofendida se mira la Magestad, sino tambien la hidalguía del mejor de sus vasallos.

Carl. Si lo decis por la mia, gran señor, sabiendo vos, que es la mas pura y mas limpia, yo le perdono la ofensa como mis brazos afirman.

Nad. Y yo ofrezco, porque quede vuestra opinion redimida, hacer público en Viena, que quantas alevosías imputaros quise fueron efectos de mi cjeriza.

Carl. Pues, gran señor, qué dudais?

Marg.

Marg. Dime, esposo, en qué vacilas?

Leop. Nada: ya estais perdonados de la pena merecida; pero vivid por ahora desterrados de mi vista y mi Corte. No debiera perdonaros, lo sé: un día en que el Cielo me hace dueño y esposo de Margarita, solo en un día en que subo al trono conseguirian vuestras culpas el indulto que no merecen.

Nad. Bendigan

los Cielos vuestra piedad, mientras las acciones mías desmienten la atrocidad de mis culpas.

Zrin y Franch. Quién á vista de esta heroycidad, señor, no os amará mientras viva?

Leop. Pues ya mas triunfo no quiero.

Abenazar, sal aprisa de mis dominios, pues gozas lo que tú no merecias, que yo haré ver á tu dueño el horror de tu perfidia. Cárlos, pues el Cielo mismo volvió por ti en este día, aunque todos los acasos te ofrecieron á mi vista desleal, y ya Nadasti ha abjurado sus iniquas ideas, Ulrica es tuya, ya que sé por ella misma que os amais.

Los dos. Dichoso instante.

Leop. Y pues vimos concluida la mayor piedad del César:-

Todos. Leopoldo, nuestras fatigas y sus yerros el perdón del auditorio consigan.

F I N.

Con Licencia: en VALENCIA: En la Imprenta de los Hermanos de Orga, en donde se hallará esta y otras de diferentes Títulos.

Año 1795.